

TIPOS DE MI TIERRA DE MIGUEL PEREYRA
DE ARMAS (1841-1908)

JOSÉ RAMÓN BETANCORT MESA

“La literatura que se ha producido en Canarias tiene, con respecto a la escrita en territorio peninsular, un rasgo diferenciador claro: su rezago cronológico. Tal circunstancia, advertible en cinco siglos de existencia, opera casi siempre en contra de la idoneidad de los textos en relación con las ideas estéticas del tiempo en que se ejecutan: hay en ellos, por lo común, un desfase estilístico que incide negativamente en su eficacia: los escritores insulares utilizan fórmulas expresivas ya trivializadas que debilitan la escritura y la convierten en ejemplos irrelevantes en el contexto literario español”.

Lázaro Santana (1987): *Modernismo y vanguardia en la literatura canaria*, Las Palmas, Edirca, p. 13.

Si bien, a priori, estas palabras de Lázaro Santana pueden resultar duras, aunque no menos ciertas, muchos compartirán con nosotros que hay determinadas ocasiones en las que encontramos obras de escritores insulares cuyas páginas salvan ese “rezago cronológico” del que habla Santana. Quien haya tenido en sus manos la injustamente olvidada obra *Tipos de mi tierra*¹ del lanzaroteño Miguel Pereyra de Armas (Arrecife-1839-Santa Cruz de Tenerife 1908), participará de la idea de que esta pequeña publicación de 1897 ajusta, merecidamente, la “hora” de la literatura escrita en estas islas a la misma “hora” literaria de las letras hispánicas de finales del siglo XIX.

Dentro de los parámetros de la literatura en Canarias, la obra *Tipos de mi tierra* se encuadra dentro de la literatura regionalista de finales del siglo XIX. En ella encontramos una de las visiones más sugestivas que de Arrecife de Lanzarote se hayan hecho durante la mencionada centu-

1. PEREYRA DE ARMAS, M. (1897). *Tipos de mi tierra*, Santa Cruz de Tenerife, Imprenta de La Laguna.

ria y donde se respiran unos inusuales y sorprendentes ecos del naturalismo literario al retratar a toda una galería de personajes que conforman un microcosmos singularísimo en torno a la burguesía arrecifeña de finales del siglo XIX.

Para situar cronológicamente al autor dentro de las coordenadas de la historia de las letras canarias, habría que precisar que el escritor Miguel Pereyra de Armas ha de ser incluido dentro del grupo de escritores, intelectuales y políticos lanzaroteños que desarrollaron una fructífera e interesante labor socio-literaria, dentro y fuera de las islas, durante el período que hemos venido denominando como la *Restauración*. Hablamos, por tanto, de una etapa histórica comprendida entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en la que se suscriben escritores, periodistas y políticos lanzaroteños como Benito Pérez Armas, Ángel Guerra, los hermanos Elías y Antonio Zerolo Herrera, Antonio María Manrique, Isaac Viera y Viera, Leandro Fajardo Cabrera o el propio Miguel Pereyra de Armas.

Antes de adentrarnos en la lectura de *Tipos de mi tierra* convendría esbozar aquí algunas consideraciones socio-económicas y culturales de la época, para que nos ayude a entender luego otros aspectos sociológicos y literarios de la obra. Por lo tanto, desarrollaremos primero algunas consideraciones socio-históricas del Arrecife de finales del siglo XIX, luego expondremos algunas anotaciones en torno al grupo de intelectuales y escritores lanzaroteños de esa época y, para finalizar, haremos una lectura de la obra *Tipos de mi tierra* de Miguel Pereyra de Armas.

CONSIDERACIONES SOCIO-ECONÓMICAS EN TORNO AL ARRECIFE DE FINALES DEL SIGLO XIX

Para orillar aquellos aspectos más relevantes de la sociedad, la política, la economía y la cultura del período que nos ocupa, no podemos perder de vista muchas de las aportaciones de los estudios de Agustín de la Hoz, de Eugenio Rijo, de Agustín Millares Cantero o de Manuel Hernández González, entre otros². Todos ellos coinciden en que, a poco

2. DE LA HOZ BETANCORT, A. (1962). *Lanzarote*, Arrecife, Cabildo de Lanzarote, 1994 y *Agustín de la Hoz en Lancelot. Obra Periodística (1981-1988)*, Editorial Lancelot, Madrid, 1996; MILLARES CANTERO, A. (1982). "Arrecife, el puerto de la barrilla (en torno a los orígenes y desarrollo de una ciudad burguesa canaria entre el antiguo y el nuevo régimen" en *Boletín Millares Carlo*, III. 5, Las Palmas, Centro Regional de la U.N.E.D.; RIJO ROCHA, E. (1958). "La historia de una

que se indague en la historia insular, descubrimos que Lanzarote es una isla con una economía agrícola marcada por un doloroso rosario de períodos de vaivenes y altibajos, donde se alternan bonanzas, crisis, hambrunas, sequías, ataques piráticos y erupciones volcánicas, acompañadas por fuertes movimientos migratorios al exterior, junto a períodos de auge o mantenimiento de los diferentes monocultivos agrícolas (cereales, vid, barrilla, cochinilla, cebolla, etc...). Sin olvidarnos, claro está, de las actividades pesqueras, que, sin constituir un sector a pleno rendimiento durante el siglo XIX, servían como alternativa económica a la población, cuando las zafras o cosechas en los años de sequía eran desfavorables.

Cuando en Lanzarote amanece el siglo XIX, la Villa de Tegüise es la capital de la Isla y Arrecife su puerto principal. Ambas localidades representan los dos núcleos poblacionales más importantes donde se bipolariza y se centraliza la vida socio-económica, militar, religiosa y cultural de la Isla. Pero Arrecife, a lo largo del siglo XIX, pasa a convertirse en el centro económico de la Isla, arrebatándole posteriormente la capitalidad administrativa, a lo largo del mencionado siglo, a la Villa. Todos los historiadores apuntan que la razón primera de este auge y crecimiento de Arrecife, frente al franco retroceso de Tegüise, se debe al desarrollo portuario, el cual estaba estrechamente unido a las distintas exportaciones que se efectuaban desde él (unas veces de cereales, otras de barrilla, más tarde de cochinilla o de cebollas) y, por otra parte, al hecho de convertirse Arrecife en un importante centro de operaciones marítimo-pesqueras en la costa de África.

Todo ello provoca, por una parte, un rápido crecimiento de la población venida mayoritariamente del interior de la Isla hacia Arrecife para ocupar los puestos de artesanos, marineros, calafates, carpinteros de ribera o albañiles y, por otra, la consolidación de una pequeña burguesía comercial, amparada en las transacciones del comercio exterior de los productos agrícolas (cereales, vid, barrilla, cochinilla, etc...) y de las tareas de avituallamiento y careneo de los barcos y buques que a Arrecife se acercaban. Fue así como Arrecife, en palabras de Manuel Hernández

capital", en *Lancelot* n° 684 (23.VIII.1996), n° 685 (30.VIII.1996), n° 686 (6.IX.1996) y n° 687 (12.IX.1996), Arrecife de Lanzarote; HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M. (1989). "Cambio social y transformaciones culturales en Lanzarote durante el siglo XIX", en *III Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Puerto del Rosario, Cabildos de Fuerteventura y Lanzarote.

González, se convierte en una “microciudad burguesa controlada por una minoría comercial, agrícola y naviera”³.

El origen de esta nueva sociedad portuaria y comercial ubicada en torno a Arrecife procede de los grandes terratenientes y de las capas burguesas de procedencia agrícola de Lanzarote y del resto del Archipiélago (Tenerife, Gran Canaria y La Palma). Por ello no debe extrañarnos que estos nuevos burgueses de Arrecife, nacidos a finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX, constituyan un consolidado y reducido grupo social que irá transformando el sistema socio-político, económico y cultural hasta hacerse con la hegemonía del aparato estatal. Arrecife, de esta forma, se convierte en una ciudad-mercado-puerto controlada por una oligarquía formada por varias familias.

El nacimiento de esta burguesía no sólo traerá la vertebración de la economía a través de la dinamización de los sectores comerciales y de la realización de fuertes inversiones con la compra de embarcaciones para la pesca en las costas de África y con la adquisición de bienes rústicos y urbanos en toda la Isla. En efecto, y esto es importante, esta burguesía también provoca una progresiva y decisiva transformación socio-cultural, debido a su especial concepción de la vida cotidiana, de la cultura, de la educación y de las relaciones sociales, que propiciará toda una serie de cambios y la aparición de pautas y de hechos que auspiciarán un momento socio-histórico donde cristalizará una nueva forma de entender la vida y la cultura. Efectivamente, esta nueva burguesía que se consolida en Arrecife con los auges comerciales de determinados productos agrícolas es la causante de:

- *Aparición de sociedades recreativas como el Casino o la Democracia*, concebidas como espacios cerrados o escenarios inaccesibles diseñados para ellos mismos y donde esta nueva burguesía convive y se relaciona. Entre sus objetivos más claros están el de fusionar y estrechar sus lazos, por un lado, y el de reforzar su endogamia de grupo, por otro.

- *Desarrollo de Logias Masónicas* en Arrecife, como organizaciones sociales con un fuerte carácter clasista y con un claro interés filantrópico y humanitario que pretende aliviar la miseria y el hambre de los más pobres, aunque delata un evidente interés paternalista para aplacar su complejo de culpabilidad. Entre las logias masónicas que existieron destacamos la logia *Atlántida*, donde se reunían comerciantes, grandes propietarios y profesionales liberales como médicos, farmacéuticos, juristas, etc...

3. Vid. HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M., op. cit., p. 274.

• *Penetración de costumbres foráneas y laicización de la sociedad.* El sector más progresista de la sociedad burguesa de Arrecife adopta actitudes como el progresivo abandono de hábitos y costumbres ligadas a la superstición y al oscurantismo. Se respira, a través de la prensa, un cierto y progresivo distanciamiento de la Iglesia debido a su intolerancia, provocado, entre otros temas, por el rechazo eclesiástico a la ideología liberal y mercantilista que ponen en práctica estos nuevos burgueses.

• *Generalización de una mentalidad previsor y mercantil frente a una Iglesia cada vez más conservadora.* Esta ideología liberalmercantilista hizo que durante todo el siglo XIX la burguesía encontrara en el terreno socio-económico y cultural la fuerte oposición de la Iglesia.

• *La importancia de la educación.* Fue una de las grandes preocupaciones de la burguesía de Arrecife. Para el burgués la única forma de liberarse de las trabas impuestas por un pasado oscurantista e intransigente era la esperanza redentora de la educación. Por ello, la burguesía más progresista de Arrecife busca una educación racionalista, liberal, antioscurantista y anticlerical para desterrar la ignorancia y convertir a los miembros de la sociedad en individuos más libres, productivos y útiles.

• *Segregación urbana de Arrecife.* La zona de edificaciones de la burguesía estaría comprendida entre los alrededores de la Iglesia de San Ginés, la Marina, la Calle Real, Calle Nueva (hoy Fajardo) y la Plazuela; y la zona de las clases populares vendría a estar distribuida en la entonces periferia de Arrecife: Charco de San Ginés, El Lomo y La Destila.

• *Aparición de periódicos defensores de los ideales burgueses* como: El Horizonte, La Crónica de Lanzarote, La Legalidad, Lanzarote Liberal, El Heraldo de Lanzarote, Lucero del Alba, La Juventud, La Voz de Lanzarote, El Cronista de Arrecife o El Proletario, entre otros.

ALGUNAS ANOTACIONES EN TORNO AL GRUPO DE INTELLECTUALES Y ESCRITORES DE LA ÉPOCA

El Grupo en sí

Analizado este panorama socio-económico de Lanzarote, a bote pronto, podríamos considerar que una de las muchas consecuencias sociales que trae la consolidación de esta burguesía comercial en Lanzarote a finales del siglo XIX y principios del siglo XX es el nacimiento de un nutrido grupo de escritores, políticos e intelectuales, directa o indirectamente, ligado con la oligarquía burguesa del Puerto del Arrecife.

Esta nueva generación de jóvenes lanzaroteños que nace a lo largo del siglo XIX se forma al calor de unas claras ideas ilustradas de pro-

greso y razón, herencia inequívoca del siglo de las luces, respiran la filosofía mercantilista y previsor de la creación de sociedades recreativas como el Casino y la Democracia, participan de cierta actitud anticlerical que se lee entre líneas en la prensa local y adoptan como suyos la incorporación de modernos hábitos, de costumbres y de maneras de pensar europeas que van gestando y conformando progresivamente una impronta socio-cultural nueva que cristaliza en una nueva filosofía liberal, progresista e ilustrada de la mano de este grupo de intelectuales y escritores.

Si tuviésemos que enumerar rápidamente a los representantes más importantes de este grupo, podríamos citar a⁴:

- Miguel Miranda (Arrecife 1822 - Arrecife 1876).
- Elías Martinón y López (Arrecife 1836 - Arrecife 1910).
- Antonio María Manrique y Saavedra (Tetir 1837 - Arrecife 1906).
- Miguel Pereyra de Armas (Arrecife 1841 - Santa Cruz de Tenerife 1908).
- Alfonso Duguor y Ruz (Arrecife 1844 - Santa Cruz de Tenerife 1892).
- Elías Zerolo Herrera (Arrecife 1849 - París 1900).
- Leandro Fajardo Cabrera (Arrecife 1851 - Tías 1896).
- Francisco Fernández de Bethencourt (Arrecife 1851 - Madrid 1916).
- Antonio Zerolo Herrera (Arrecife 1854 - La Laguna 1923).
- Isaac Viera y Viera (Yaiza 1858 - Arrecife 1941).
- Benito Pérez Armas (Yaiza 1871- Santa Cruz de Tenerife 1937).
- José Betancort Cabrera o *Ángel Guerra* (Teguise 1874 - Madrid 1950).

Si bien admitimos que la historia literaria necesita establecer con claridad las diferentes etapas o períodos donde se enmarcan los hechos literarios que son objeto de su estudio y tenemos que someternos a la ri-

4. PINTO GROTE, C. (1995) en su estudio "La literatura en Lanzarote: una aproximación" en *VI Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura*, Arrecife, Cabildos de Lanzarote y Fuerteventura, pp.710-711, nos habla también de la existencia de una escritora de Lanzarote llamada Ana Laso de Curbelo y que aparece entre los escritores seleccionados en el libro *Poetas Canarios*, publicado en 1878 en Santa Cruz de Tenerife. Para el resto de los escritores e intelectuales que aparecen en la relación de autores citados, véase también la obra de RODRÍGUEZ PADRÓN, J. (1992). *Primer Ensayo para un Diccionario de la Literatura en Canarias*, Madrid, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias.

gurosa metodología sobre la periodización literaria que plantean, por ejemplo, Ortega y Gasset o J. Petersen⁵ a los escritores e intelectuales de un período concreto, mucho nos tememos que nuestra propuesta de considerar como grupo a esta nómina de escritores, políticos, periodistas y miembros de la sociedad lanzaroteña del siglo XIX fracasaría en su intento. Resulta evidente que los propios esquemas preconcebidos que postulan Ortega o la teoría literaria alemana (Pinder y Petersen) fuerzan y deforman, en muchas ocasiones, la propia realidad literaria que se pretenda analizar.

Efectivamente. La definición de *generación* establecida por Ortega y Gasset plantea que se trata de un “conjunto de hombres nacidos en una zona de fechas, no superior de quince años, y que comparten un mismo mundo de creencias colectivas”. A bote pronto la definición del filósofo madrileño no se adecuaría, desde el punto de vista cronológico, a nuestro grupo de escritores, pues el primero que apuntamos, Miguel Miranda, nace en 1822 y el último, Ángel Guerra, lo hace en 1874. Como se ve, median más de cincuenta años. Además no podemos hablar de un “mismo mundo de creencias” homogéneo que identifique a todos. Sólo un dato. Si rastreamos la prensa lanzaroteña de este período encontraremos la conocida polémica abierta entre Ángel Guerra e Isaac Viera.

Visto así, podemos apuntar, entre los criterios que los unen, el lugar de nacimiento, el hecho de ser coetáneos, su adscripción, desde el punto de vista estilístico, al regionalismo literario o el haber nacido en el seno de la pequeña burguesía lanzaroteña, heredera de ideales ilustrados y con una decidida vocación progresista y liberal. Todo ello nos permite hablar de un grupo de escritores, intelectuales y políticos que comparten estos rasgos comunes:

- Todos, a excepción de Antonio M^a Manrique, han nacido dentro del seno de las clases burguesas de la Isla entre 1822 (Miguel Miranda) y 1874 (Ángel Guerra).
- Recibieron una educación heredada de postulados racionalistas y laicos, con un claro fondo pedagógico de la Ilustración.
- La formación erudita, el talante renovador, la ideología liberal y el afán divulgador y creativo de los miembros del grupo los impulsó a tomar partido en actividades como la prensa regional, la investigación, la política, la docencia, la divulgación cultural y, por supuesto, la producción literaria.

5. PETERSEN, J. (1946). “Las generaciones literarias” en *Filosofía de la ciencia literaria*, México-Buenos Aires, ed. Ermatinger, Fondo de Cultura Económica, 1946.

- Sus producciones literarias (poesía y narrativa) se adscriben al regionalismo y al costumbrismo literarios.

Del Regionalismo al Naturalismo

Durante el período literario que nos ocupa, y dentro del cual se encuadran algunos de estos escritores, brilla con luz propia el Realismo, cuyo maestro y mentor indiscutible para los escritores canarios no es otro que Benito Pérez Galdós. Recuérdense aquellas palabras de Ángel Guerra en alabanzas de Benito Pérez Galdós, cuando éste visita la isla de Gran Canaria en 1894 y que reproduce Antonio Cabrera Perera en su libro *Ángel Guerra, narrador canario*:

“Allí hablaba Galdós, el hombre; el artista, el literato (...) Casi me era imposible creer que me hallaba delante del verbo de la literatura moderna, del genio de todo un siglo, del que había encontrado un lloro para cada pena, un canto para cada suspiro y un pincel de fuego para cada agitación de la humana conciencia...”⁶.

Por extensión, no deberá ser extraño que el intento de los escritores canarios de reconducir su vocación literaria a través del Realismo dé como resultado muchas de sus primeras reflexiones literarias sobre la “canariedad”, como ya también las había dado durante el Romanticismo, la Escuela Regionalista de La Laguna o, también mucho antes, los ilustrados canarios en el siglo XVIII.

La observación rigurosa y la reproducción fiel de los diferentes aspectos de la vida trae consigo el desarrollo de manifestaciones literarias donde late, como vemos, un interés por la naturaleza humana y por lo regional o local. Estos escritores comienzan a documentarse sobre las Islas, toman apuntes sobre los escenarios, las gentes, la indumentaria, los aborígenes y aspectos de la sociedad, de la lengua o de la historia de Canarias. Investigan y buscan todos aquellos aspectos sociológicos necesarios para conseguir la exactitud ambiental y psicológica de sus personajes.

La pintura de costumbres y la pintura de caracteres serán los terrenos literarios preferidos en los que se mueven nuestros escritores. Nos muestran ambientes rurales y urbanos, refinados o populares. Allí sitúan a sus personajes donde les analizan, con mayor o menor fortuna, los temperamentos y las motivaciones de los mismos.

6. CABRERA PERERA, A. (1983). *Ángel Guerra. Narrador canario*, Madrid, Cátedra, p, 34.

Este grupo de intelectuales y de escritores de Lanzarote de finales del siglo XIX y principios del s. XX, a nuestro juicio, debe ser entendido como una facción dentro del regionalismo canario. Se trata de un heterogéneo conjunto de escritores y periodistas que, sin abandonar el costumbrismo en algunos casos, con algún que otro matiz diferenciador, escriben desde la estética literaria de un realismo con ecos nostálgicos e idealizantes en sus formas y en sus contenidos. Por ello, durante este período y hasta bien entrado el siglo XX, surgirá una infinidad de publicaciones adscritas al regionalismo literario donde se reflejan de manera idealizada las costumbres populares y los valores del paisaje (como es el caso de Zerolo o Dugour). No deberá extrañarnos entonces que, en más de una ocasión, muchas páginas de estos escritores exhalen un tono hueco y afectado al describirnos los ambientes o el paisaje insular, dejándonos un halo somnoliento y nostálgico cuando nos recrean los tópicos folkloristas, las imágenes trilladas o las descoloridas descripciones de una idílica Arcadía insular. Y es aquí, como diría Lázaro Santana, donde la literatura escrita en Canarias cae en trivializaciones o en meros ejemplos irrelevantes, lo cual provoca que muchas de las obras de estos escritores sean sólo salvables como legado antropológico o etnográfico.

No obstante, esto no debe mermar nuestro empeño de recomponer aquí esta parte de la historia de las letras escritas en las islas, porque paralelamente a este lado sentimental e idealizado de la “patria chica” que se respira en las obras de algunos de estos autores, late un sentir literario digno que lo singulariza y donde se atisban ecos de la mejor literatura costumbrista española de la mano de Ángel Guerra, de Benito Pérez Armas o bajo las sorprendentes páginas naturalistas de Pereyra de Armas.

LECTURA DE *TIPOS DE MI TIERRA* DE MIGUEL PEREYRA DE ARMAS

De Miguel Pereyra de Armas sabemos que, cuando publica sus *Tipos de mi tierra* en 1897, lejos queda ya su nacimiento en Arrecife en 1841, pues ya había fijado su residencia en Santa Cruz de Tenerife. Allí compagina las más diversas ocupaciones culturales y profesionales. Fue Director de la Escuela de Náutica de Santa Cruz, en cuyo centro ejerció como profesor de matemáticas. Según se desprende de la semblanza de su vida que se publica en el periódico santacrucero *El Tiempo*, el 6 de abril de 1908, Pereyra publicó críticas teatrales en la prensa tinerfeña y prologó a autores coetáneos como a su paisano lanzaroteño Isaac Viera en sus *Palotes y Perfiles*. Su obra en torno a la crítica teatral fue recogida por Julio Nieto Rodríguez en una publicación llamada *Un cuarto a*

espadas, editada en Santa Cruz en 1899. Pereyra de Armas también dedica parte de su tiempo a la traducción al español de autores como André Taverney, Camilo Flammarion, E. Guinot o Roger de Beauvoir entre 1879 y 1881, según podemos comprobar en la *Revista de Canarias*, publicación que, dicho sea de paso, dirigía otro lanzaroteño residente en Tenerife. Hablamos, evidentemente, de Elías Zerolo Herrera.

La obra *Tipos de mi tierra*, según se lee en la primera y única edición que sepamos de la misma, fue publicada en Tenerife en 1897 en la Imprenta de La Laguna, situada en la Calle Herradores, 55. En palabras de Sebastián Acosta Padrón, en su obra *Retablo Canario S. XIX*, es “un volumen en octavo de 192 páginas que consta de una Introducción y diez capítulos”⁷.

La obra *Tipos de mi tierra* aparece estructurada en tres partes: un prólogo, una introducción-dedicatoria y diez capítulos o “cuadros al natural”. Veamos cada una de ellas.

El Prólogo

Le correspondió firmar el Prólogo de *Tipos de mi tierra* a Antonio Zerolo Herrera, paisano, como sabemos, de Miguel Pereyra, afincado también en Tenerife como su hermano Elías Zerolo o el propio Benito Pérez Armas.

Zerolo, como es obvio, aparte de enaltecer con toda clase de excelencias la publicación de un lanzaroteño, nos hace una importante anotación que nos permitirá entender la ubicación del texto en sus coordenadas histórico-literarias. En palabras de Antonio Zerolo los *Tipos de mi tierra* están “descritos admirablemente y marcados con el sello de la realidad”⁸.

La firma de este prólogo le valió a Zerolo toda una suerte de críticas por parte de los sectores más intransigentes de la prensa local y de los círculos católicos de Tenerife. Efectivamente, *Tipos de mi tierra* tuvo el “honor” de recibir críticas tan obtusas y ciegas por parte de los representantes más rancios y obsoletos de la sociedad tinerfeña que le valieron los calificativos de *obra inmoral o escándalo pornográfico*, según vemos en los duros y continuados ataques a que se ve acosada la obra, el autor e, incluso, el propio prologuista.

7. ACOSTA PADRÓN, S. (1956). *Retablo Canario. Siglo XIX*, Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura, p.142.

8. ZEROLO HERRERA, A. (1897). “Prólogo” a *Tipos de mi tierra*, p. VII.

En el periódico *Aguere* en su número 58, del 1 de septiembre de 1897 encontramos el siguiente titular:

Escándalo Pornográfico
Tipos de mi tierra
Obra obscena, inmoral y grosera
por
Miguel Pereyra de Armas

¡Triste deber el del periodista! ¡Dar la voz de alarma contra toda suerte de miserias y bajezas y verse obligado muchas veces a revolver el fango para dar la voz de alerta y advertir a la sociedad la presencia de un foco de infección! Triste deber es, pero hay que cumplirlo: por eso hablamos del repugnante libraco de Pereyra de Armas: no sea que alguien, engañado por la cándida cubierta de este libelo y por el nombre de Antonio Zerolo, que, como catedrático, no debería patrocinar libros indecentes, ponga en manos de la juventud, las escandalosas páginas en que un periodista senil ha vertido las liviandades de una imaginación desordenada y decrepita (...)

El mencionado artículo del *Aguere* termina con las siguientes advertencias:

- 1º. Que ningún padre de familia debe permitirlo en su biblioteca.
- 2º. Que el Sr. Obispo debe prohibirlo.
- 3º. Que la autoridad académica debe instruir expediente al Profesor Interino que puso el Prólogo, prólogo necio que habla más del prologoista que del libro.
- 4º. Que el Ayuntamiento de Arrecife debe tomar el solemne acuerdo de no admitir la dedicatoria de una obra que calumnia a los lanzaroteños suponiéndolos de lúbricas costumbres⁹.

También en el periódico *La Voz de Icod* se publica otro artículo que bajo el encabezamiento de “¿Adelanto o retroceso?” arremete contra el libro de Pereyra de esta manera:

“Nuestra literatura *regional*, a cualquier cosa se llama aquí literatura regional, se ha *enriquecido* con una obra vaciada en los moldes de la escuela *naturalista* de Emilio Zola, de ese estilo literario que han dado en llamar ‘modernismo’ y que es tan viejo como las obras de Tíbulo, Marcial, Petronio y demás escritores semi pornográficos que a lo vivo pintaron las licenciosas costumbres de la Roma de su tiempo”¹⁰.

9. Periódico *Aguere*, Año 1, n° 58, 1.IX.1897, Santa Cruz de Tenerife.

10. El artículo “¿Adelanto o retroceso?” de *La Voz de Icod* fue reproducido en el periódico *Aguere* en el n° 63, 20.IX.1897, Santa Cruz de Tenerife.

Seis años después, en un artículo titulado “Por simpatía al Sr. D.G.W.” publicado en el periódico santacrucero *El Tiempo* (19.12.1903), Pereyra de Armas justifica ante un amigo su silencio literario lamentándose de la mezquindad del periodismo tinerfeño con estas palabras:

“(…) me reprochó el que dejase mi pluma ociosa por tanto tiempo y, a este propósito, me dirigió frases de elogio y aplauso a que mis paisanos no me tienen acostumbrado y que me sonaron a gloria (...). Se extendió en consideraciones y juicios muy atinados y discretos sobre el espectáculo tristísimo y vergonzoso que hoy ofrece nuestra prensa y que nos deprime y deshonra ante propios y extraños; y manifestó (...) que era un deber de patriotismo en los que hemos demostrado algunas aptitudes para las tareas literarias, el exteriorizar nuestras ideas y levantar a las letras canarias de la decadencia y anonadamiento en que postradas las tienen cuatro escritorzuelos políticos de ocasión que, en sus polémicas o disputas diarias, propias de recoberas o de mozas de partido, dan muestras inequívocas de estar ayunos de ilustración y de cultura (...)”.

Volviendo nuevamente sobre el Prólogo de *Tipos de mi tierra*, hay que decir que esta publicación supone uno de los primeros intentos literarios de recoger a Arrecife como escenario literario. Así lo manifiesta Antonio Zerolo en el mencionado Prólogo:

“(…) no ha querido buscar por ahora asuntos fuera de nuestro horizonte; comprendiendo, muy bien, que donde quiera halla materia laborable un buen artista (...) Algunos de estos *originales* pueden servir de estudio para una novela de costumbres (...) y nada tiene que envidiar a los héroes de las narraciones marítimas de Fenimore Cooper. Y véase cómo —insisto en la idea— sin necesidad de acudir a las grandes poblaciones, a los centros en que es más vertiginoso el movimiento social, se encuentran modelos, se sorprenden luchas y pasiones y se descubren vicios y ridiculeces que, como mina inagotable, explota el escritor. (...) No dejarán de ser seguramente menos interesantes “los Tipos de mi tierra”, porque hayan nacido en apartado y oscuro pueblo de una isla oceánica...”¹¹.

Con ello, ya Zerolo nos está anticipando que no vamos a encontrar en Pereyra a un “dulzón y sentimental” retratista de Arrecife, sino a un escritor adscrito al realismo literario, cuya pluma apunta decididamente hacia derroteros más cercanos al Naturalismo. Así lo pone de manifiesto Sebastián Acosta en su *Retablo Canario del Siglo XIX* cuando apunta que:

11. Vid. PEREYRA, op. cit. pp. VIII-XII.

“Pertenece Miguel Pereyra de Armas a la Escuela Realista, aunque a veces traspase las fronteras de ésta (...) Lástima grande que (...) no continuara cultivando sus aficiones de escritor costumbrista”¹².

No obstante, esta especial vocación literaria del realismo hacia el naturalismo no estuvo exenta de cierto peyorativismo. Así lo expresa el propio Zerolo cuando nos dice:

“Desde luego se echan de ver en todo lo que produce, que Pereyra es *realista*; a veces como es fácil demostrar leyendo algunos párrafos de sus escritos, se pasa al *naturalismo*; pero estos son achaques de escuela, que no empeñen al mérito de la obra. Lo bien concebido y bien expresado, no deja de serlo porque el escritor se inspire en el código literario de éste o el otro maestro, Hugo o Zola, por ejemplo...”¹³.

Más explícita parece ser la noticia aparecida en el periódico *El Tiempo*, el lunes 6 de abril de 1908 en Santa Cruz de Tenerife, tres días después de su muerte, donde encontramos la siguiente reseña:

“(...) Como obra de empeño, deja *Tipos de mi tierra*, colección de escenas naturalistas que fue muy discutida por su naturalismo, pero cuya forma literaria obtuvo los aplausos unánimes de la crítica (...)”.

Lo que queda claro es que pese a que la consideran naturalista, no sin pocos prejuicios literarios, la valoran, literariamente hablando, como una obra sumamente interesante dentro de las producciones costumbristas y regionalistas de la literatura canaria. En este sentido no deja de ser sintomático que la única obra dentro de las publicaciones de corte naturalista canarias con que Acosta relaciona a *Tipos de mi tierra* sea una obra que en 1908 sale a la luz con el título *Los Incognoscibles*, bajo el seudónimo “Clícrates Temísdemos”, lo cual no deja de ser un dato curioso. Todo ello nos hace pensar que podemos estar ante la versión canaria de la polémica levantada a finales del siglo XIX en España en torno a la poética de Zola y de su novela experimental. Polémica que en España hizo correr ríos de tinta y una gran polvareda sobre la estética y la moral del naturalismo entre los que se oponían (Alarcón, Valera o Menéndez Pelayo) y los que eran partidarios (Emilia Pardo Bazán o Clarín). No es de extrañar entonces que en las Islas exista un sector que mire este nuevo credo literario con una cierta desconsideración.

12. *Ibíd.*, p. 147.

13. *Ibíd.*, p. XIII.

La Introducción

La importancia que posee esta parte que antecede a los “Cuadros del Natural” de *Tipos de mi tierra*, reside en que sirve para mostrarnos a un escritor con una clara decisión por introducir en la obra una visión literaria del Arrecife de finales del s. XIX. En este sentido creemos que estamos autorizados a pensar que puede ser tratado como uno de los primeros escritores de Lanzarote con una vocación tan clara de enaltecer a Arrecife desde la experiencia literaria, al margen de otras publicaciones anteriores como, por ejemplo, la *Historia del Puerto del Arrecife* de Álvarez Rixo. Lo que está claro, creemos, que en *Tipos de mi Tierra* hay un digno propósito de mostrar a Arrecife como escenario literario con igual mérito que cualquier otra ciudad de la época. Si bien esto último ya lo había manifestado el propio Antonio Zerolo en el *Prólogo*, como ya vimos, ahora en esta *Introducción* es ya el autor quien sostiene lo siguiente:

“(…) ¿Quién no ha deseado, lector, ver la luz primera en una ciudad populosa embellecida por magníficos palacios, con plazas espaciosas dó se elevan artísticas estatuas; con parques y jardines espléndidos plantados (...)? Sólo más tarde, cuando desvanecidas ya las primeras ilusiones del vivir, los desencantos y de la duda dejan amargas huellas en nuestros corazones, (...) comprendemos que el cariño afectuoso y tierno que brota del alma del hombre y le liga a su patria (...) no están en razón directa de la grandeza, de la importancia de aquella. No por más blanda y lujosa la cuna en que se meció nuestra infancia (...) su atracción es más poderosa ...”¹⁴.

Vemos, pues, como nos da toda una lección contra la grandilocuencia y el deseo desmedido de querer monumentalizar lo que sencillamente no lo es. Por ello, no debemos interpretar a secas que *Tipos de mi tierra* ha de entenderse como el intento nostálgico de un escritor local de engrandecer su ciudad natal bajo el hechizo de sus últimos años y de los recuerdos infantiles. Pereyra desea que su Arrecife ingrese en los referentes contextuales de los microcosmos ficcionales de la Literatura, no como un *locus amenus* irreal, tal como muchas veces aparecen los paisajes canarios en la literatura de la época, sino, desde el especial encuadre de los tintes naturalistas que fluyen en la obra, es decir, como un lugar dentro de la geografía literaria donde conviven los diferentes tipos de su “tierra”.

14. *Ibíd.*, pp. 14-15.

Los diez cuadros de la obra *Tipos de mi tierra*

La disposición de los diez capítulos o “cuadros” que componen la parte central de la obra, si seguimos la ordenación cronológica que apunta el propio autor al finalizar cada episodio, es la siguiente:

El Boticario, *Clarita* y *Cuadros Vivos* están fechados en abril de 1896. La *Casilla del Resguardo*, *Doña Marta* y *Una Pareja* los firma en mayo de 1896. Mientras que el cuadro *Dos tipos callejeros* data de junio de 1896. Habrá que esperar a agosto del mismo año para que escriba *Pepe Placenta* y *La Doncella*. El último de los cuadros, el titulado *Sr. Luis*, aparece con fecha de junio de 1897, un año después, con la advertencia del escritor de que se trata de un intento de recomponer las páginas de este cuadro, ya que por azar del destino lo había perdido y que, siguiendo los recuerdos que tenía, ha intentado reescribirlo nuevamente.

Éstos son, por tanto, los diez cuadros que componen los *Tipos de mi tierra* y que se suceden cronológicamente entre abril de 1896 y junio de 1897. Suponemos que la obra debió haberse publicado en La Laguna entre julio y agosto del año de 1897, porque la aparición de las mencionadas críticas intransigentes, tachando la obra de “inmoral, obscena y grosera” aparecieron en el periódico *Aguere* el 1 de septiembre de 1897, como ya hemos visto.

Analicemos ahora cada uno de los cuadros de que se compone la obra.

El Boticario

De la pluma del maestro del esperpento parece salida esta caricatura del primer tipo de la obra de Miguel Pereyra:

“(…) de estatura regular, algo encorvado de espaldas y metido de hombros; de carnes escasas, (...) de armazón ósea pronunciada y saliente en algunos miembros (...) frente despejada, cejas muy pobladas y un tanto levantiscas y rebeldes, por entre las que se señalaba una tenaz hendidura, indicio de observación perseverante y de firmeza de ideas; ojos pequeños, pero vivos, de mirada penetrante, escudriñadora (...) de continuo dibujábase ligera sonrisa de desdén y de burla, con perfiles no bien definidos de indiferencia y descreimiento (...) El escepticismo, la duda: las dos características de su personalidad. Nació a finales del siglo XVIII y era volteriano. Si hubiese nacido cincuenta años más tarde y hoy viviera, sería socialista...”¹⁵.

15. *Ibidem*, pp. 27-28.

Sus vestimentas son sobrias y rústicas. Así nos las describe:

“(...) vestía pantalón de paño recio, chaqueta (una especie de zamarra) con cuello y solapas de pieles y vueltas de lo mismo en las bocamangas. Su cabeza la cubría en ocasiones con gorra también de pieles o sombrero de copa ...”¹⁶.

Desde este primer cuadro nos muestra Pereyra su deseo de realizar un retrato que indague de manera *cientificista* en la personalidad del Boticario, con lo cual ya nos acercamos a la vocación naturalista del escritor lanzaroteño, en la medida que desea realizar una introspección psicológica en el individuo, rastreando las posibles causas de su personalidad que condujeron a la conformación de la actual forma de ser del mencionado individuo. La falta de datos referidos a las etapas de su infancia y adolescencia le impiden adentrarse por senderos donde sólo la inducción se podría desenvolver; y ante esta perspectiva abandona la posibilidad de adentrarse más, ante la falta de datos empíricos. Como vemos se trata de todo un positivista.

“(...) Muy difícil y casi imposible me sería hoy (...) hacer un estudio psicológico acabado de mi personaje y presentar tal cual era realmente (...) Si intentara este estudio y me esforzara en dar relieve a la fisonomía del ente físico y moral, no me resultaría d’apres nature; y solo obtendría un traslado infiel (...) No me atrevo, pues, a intentarlo; prefiero dejar el tipo desdibujado a desnaturalizarlo y hacer de él un remedo imperfecto”¹⁷.

Estas consideraciones de Pereyra nos ponen en aviso de que el escritor comparte las ideas de los postulados del naturalismo literario francés para el cual el determinismo (la influencia de la herencia biológica darwiniana o las circunstancias sociales que rodean al hombre) junto al empleo del método experimental *cientificista* de Claudet Bernard en la narrativa, llevan al escritor a “experimentar” con sus personajes, colocándolos en determinadas situaciones para indagar cómo se comportan o explicar sus actos y reacciones, sin dejar de examinar atentamente la influencia de su naturaleza y sus costumbres sociales. Todo ello nos hace pensar que el naturalismo no ha de ser entendido aquí como una tendencia literaria, sino que pretende ser también una concepción del hombre y un método para estudiar su comportamiento.

16. *Ibidem*, p. 31.

17. *Ibidem*, pp. 34-35.

Pese a todo, y aunque no pueda darnos del Boticario un estudio en profundidad de su compleja psique, sí que nos da unas certeras pinceladas de su acción social cuando nos lo describe como una pieza clave en la conformación de Arrecife como centro social y político de la Isla durante el siglo XIX.

El testimonio que en este sentido aporta *Tipos de mi tierra*, desde la perspectiva de la Literatura, a la Historia, en este caso a la del Puerto del Arrecife, es fundamental. No cabe duda de que la literatura de esta época, paralelamente al mérito estilístico, se nos presenta en sí misma como un valor testimonial sin igual, pues en sus páginas encontramos ecos y pinceladas de aspectos socio-históricos sumamente interesantes. Veamos, pues, la contribución en este sentido del mencionado personaje al que Pereyra denomina a secas como el “Boticario”:

“Era el alma de todos los planes y genio creador y organizador de casi todas las intrigas urdidas por los liberales del pueblo nuevo, para desbaratar los propósitos o hacer ineficaces las resoluciones de sus contrarios los retrógrados de la Villa. Verdadero espíritu revolucionario y demolidor, este boticario, fue uno de los elementos más activos de la decadencia de la Villa enemiga y eficaz instrumento de la prosperidad y del engrandecimiento del pueblo que le vio nacer. A su energía y actividad y, a más que a éstas, a su pronta y feliz iniciativa y a su sátira mordaz y contundente, debe aquel primer lugar su elevación a capital del distrito judicial y militar, base de ulterior adelantamiento”¹⁸.

Clarita

En este capítulo Pereyra nos dibuja un curioso personaje femenino de la burguesía arrecifeña. Con este *tipo* compone el triste cuadro de una muchacha que enloquece debido a unos amores contrariados por su familia. Las consecuencias no son otras que un ser preso de crisis de histeria y de aprehensiones hipocondriacas. El caso es un cuadro patológico de una señora obsesionada con tareas pueriles como el ordenar roperos o planchar inútilmente una y otra vez su ropa blanca y que pasa buena parte de su juventud alterada y preocupada por el posible contagio de la tisis. El texto deja palpable que la causa de este trastorno no es otra que el efecto perturbador derivado del tipo de educación recibida por la mujer durante el siglo XIX, donde todavía prevalece una serie de normas sociales “mezquinas” y anacrónicas que determinan unos

18. *Ibidem*, p. 38.

actos y comportamientos en las mujeres llenos de patetismo. Así nos describe a Clarita:

“Clarita fue un ente fisiológico hijo de este siglo histérico: un espíritu influido por la educación descuidada de la mujer en los comienzos del mismo, en que la instrucción en el orden moral y religioso era mezquina y mal dirigida, y en lo demás superficial y casi nula. Concurrieron a agravar en ella este desequilibrio psicológico, circunstancias especiales de su existencia en la niñez, que influyendo en su desarrollo físico, intelectual y moral, fueron tal vez las determinantes de aquel estado morboso”¹⁹.

Ya adulta, nos la presenta como una persona sugestionada por creerse poseída por el mal y por andar obsesionada con pensamientos carnales, que la hacían creerse un ser demoníaco que exhalaba frases y palabras groseras o que llegaba a realizar, bajo los efectos de su locura, acciones impías, como por ejemplo, escupir las ostias ofrecidas durante la comunión.

Como se deduce, *Clarita* es un personaje poseedor de una condición de vida miserable que la sitúa dentro de la tipología de personajes femeninos burgueses de la novela del siglo XIX.

Veamos algunas consideraciones que hace Pereyra de *Clarita*:

“Durante las terribles crisis de esta manía mística o religiosa acentuábase la palidez de su rostro; hundíanse sus ojos en las órbitas y lanzaban destellos intermitentes de chispa eléctrica (...) Dormía muy poco y durante el sueño se agitaba en el lecho lanzando lastimeros ayes, como si las ideas insanas que durante la vigilia la persiguieran tomaran cuerpo y realidad monstruosas en los momentos en que los nervios, obedeciendo a la laxitud del organismo, aflojaban en su tensión (...) Clarita convertíase entonces en una verdadera demoníaca. Decía que en sus rezos se había mofado de Jesús y de su Madre, mezclando a las palabras de sus oraciones frases groseras y desvergonzadas. Figurábase que después de la comunión había escupido la Sagrada Forma ...”²⁰.

Cuadros Vivos

En éste y en el próximo capítulo Pereyra suaviza levemente su vocación “naturalista” a la hora de presentarnos a sus *tipos*, aunque no debemos olvidarnos de que siempre nos regala alguna que otra pincelada na-

19. *Ibíd.*, p. 46.

20. *Ibíd.*, pp. 53-55.

turalista a la hora de pintarnos los ambientes y los caracteres de los personajes que transitan en estos cuadros.

Los *Cuadros Vivos* es un retrato variopinto de un grupo de personajes de la burguesía local que tienen en común su gusto por las reuniones, donde además de departir juntos, juegan a la baraja con decidido entusiasmo. Estos retratos rezuman un gran aprecio nostálgico por estos tipos procedentes del Arrecife.

Allí aparece don Benito, un viejo capitán de barcos, pulcro gourmet, jugador empedernido, hospitalario, fumador consumado y “aunque volteriano y franc-masón, frecuentaba el trato del Cura”²¹. Era el propietario de la Casa, situada en la trasera de la iglesia de San Ginés, donde el grupo de jugadores se reunía. Otro de los invitados era don Amadeo, un viejo hacendado de buen corazón, amable y algo mujeriego que comparte sus estancias en una casa solariega del interior de la Isla con períodos en la capital. Es el prototipo de hacendado isleño cuya actividad no es otra que la de disfrutar de sus rentas y de un modelo de vida denominado el *dolce-fare-niente*. También acuden don Longino y don Demetrio, ricos hacendados avariciosos y mezquinos, poseedores de una gran fortuna, pero no exentos de una caballerosidad en el trato y de atenciones en el saludo con sus amistades. Su ocupación no era otra que la de “contemplar el dinero reunido a fuerza de privaciones y sacrificios, y ver un día y otro como van engrosando los sacos hasta quedar repletos, y luego llenar otros y otros, y convertirse en tesoro inmenso de oro y plata acuñados, con las efigies de los reyes de distintas dinastías, lo que un principio fue mezquino acervo de roñosos ochavos y medias pesetas desgastadas”²².

Otro de los jugadores que acudía puntualmente a las citas era don Victoriano, un médico altruista, desprendido de lo material, formado en el extranjero, donde se había hecho un sibarita y que acabó alcohólico, dándonos Pereyra otro perfil con no pocos ecos del naturalismo. Un fin también mísero tuvo don Valentín, cuya formación universitaria no le impidió que una mala administración acabara con su fortuna. Y, por último, don Apolo, un oficinista frustrado que andaba embebido en sueños e imaginaciones becquerianas, tras la caza de los fantasmas etéreos de las Musas.

Son, en definitiva, representantes de la pequeña burguesía de Arrecife, los cuales comparten la misma afición por el juego del que Pereyra

21. *Ibíd.*, p. 70.

22. *Ibíd.*, pp. 76.

hace una extraordinaria alegoría literaria, donde mezcla elementos de una liturgia pseudo-masónica con una clara intención anticlesiástica. Tras este curioso cuadro alegórico del juego de la baraja parece esconderse un cierto ritual entre humorístico e irónico donde, a modo de guiño complaciente del escritor al lector, parece darnos a entender que, tras aquellas inocentes reuniones lúdicas, no se esconde una simple reunión para jugar a la baraja. En este sentido, creemos entender una lectura del texto donde se podría interpretar un sutilísimo lenguaje que hace referencia a un universo en clave, con alusiones a las actividades relacionadas con el mundo de la masonería o, por otra parte, como parodia del mundo eclesiástico.

En este sentido aparece un sutil juego de palabras sobre el que se estructura un curioso juego alegórico. Así lo vemos en el texto:

“(...) pasan anfitriones y comensales a la sala o séase *cuarto del crimen*. Antes de entrar en éste iremos un momento a aspirar el aire puro del mar vecino que se divisa desde la puerta del patio a la calle; en tanto se prepara la mesa de los *sacrificios*, se enciende las velas, se saca los libros de texto, propios para aquel *curso*, y da comienzo la función, después de llenas las formalidades del *ritual*: *pujar la banca*, *echar ases*, etc... o prepara los naipes para el *burro inglés* o para el *golfo*. Penetremos ya en la estancia. Uno de los *sacerdotes* empuña en la izquierda mano el *libro de oraciones*, y con la diestra saca primero, una a una cuatro hojas del volumen -las dos primeras y las dos últimas- que pone sobre el tapete formando rectángulo. Los *fieles* van colocando *sendas ofrendas* junto a las hojas y, una vez colocadas, óyese la *voz del celebrante* que, con grave entonación, pronuncia la frase sacramental: “juego”. Vuelve el sacrificador el *tomo sagrado* y don Valentín quitándose la pipa de la boca exclama: pároli de rey y cinco ...”²³.

La Casilla del Resguardo

Sinceramente, creemos que este bellissimo capítulo ha de ser considerado como una de las apologías más bellas al mundo marino de Arrecife. Se trata de todo un alegato al recuerdo nostálgico y a la pérdida, ya desde finales del s. XIX, de una parte significativa de nuestras señas de identidad como pueblo. El auge del progreso que vive el Puerto del Arrecife durante todo el siglo XIX y durante todo el siglo XX trae consigo, como sabemos, el derribo constante de las primeras construcciones en torno a las zonas que constituyeron los enclaves del nacimiento del

23. *Ibidem*, pp. 90-91.

Puerto. Estas construcciones para buena parte de la población de Arrecife guardan entrañables recuerdos de otros tiempos ya pasados. Por ello, a buen recaudo, podemos considerar estas emotivas páginas del libro como un primer intento de apalabrar parte de la memoria colectiva de este pueblo.

Pereyra salva, de esta manera, del anonimato intrahistórico de décadas pasadas, como diría Unamuno, las voces de un grupo de viejos lobos de mar, marineros, roncotes y algún que otro militar navegante, para los que en 1897 la Casilla del Resguardo ya formaba parte de la memoria histórica. Así nos lo describe Pereyra:

“¡Ya no existe! La piqueta de las reformas urbanas la derribó; y en su lugar se alza hoy edificio más importante y de mejor aspecto. Esta piqueta reformadora como han dado en llamarla, embecelle, es verdad, las poblaciones y las restaura y remoja; pero, también es cierto, que, a los que vamos para viejos, nos entristece el ver, cómo, a sus golpes, desaparecen casas y cosas llenas de recuerdos alagüños de la juventud ...”²⁴.

En las páginas de *La Casilla del Resguardo* que evoca Pereyra quedarán para siempre reflejados los recuerdos de aquel grupo de viejos lobos de mar que se reunían cerca del Puente de las Bolas, donde jugaban a la baraja, relataban viejas historias de la mar y algún que otro lance amoroso. Son, en definitiva, vivísimos cuadros humanos que reflejan ese hondo latir de una de nuestras señas de identidad más querida.

Pereyra ha contribuido de manera inequívoca a *apalabrar*, como decíamos, parte de nuestra memoria marinera en las voces de don Antonio Mateo, el viejo patrón de cabotaje en los viajes a las Américas, o del maestro Colás, flaco y receloso que sirvió en la Armada Real y viajó hasta Oriente. No olvidemos a Papá Juan, el gracioso señor de setenta años que, según él mismo contaba, todavía andaba detrás de las mozas de mejor ver del Puerto y a las que citaba con no poco éxito en un antiguo Molino de la capital. Allí también iba el hermano Bonifacio, un maestro calafate tosco pero de buen corazón y un carpintero de ribera chistoso. Por último, cita a don Antonio Juan, el elegante y pulcro propietario de una bodega cercana donde se abastecían los miembros de esta alegre *troupe* y demás gentes del Muelle cercano.

Visto esto, bien podrían considerarse estas páginas de nuestra literatura como un antecedente inmediato de aquel otro intento dentro de

24. *Ibidem*, p. 99

nuestra historiografía isleña que, en 1994, saliera a la luz con el nombre de *El rabo del ciclón* de Antonio Félix Martín Hormiga²⁵ donde se compone parte de nuestra memoria marinera todavía no muy lejana en el tiempo.

Doña Marta

Si bien Pereyra se unía con el retrato de *El Boticario* a la rica tradición de las Letras Hispánicas a la hora de reflejar lo grotesco a través del proceso literario de la ridiculización caricaturesca, que se emparenta directamente con el esperpento de Valle-Inclán, ahora, en este capítulo que lleva por título *Doña Marta*, se nos presenta como todo un maestro de este subgénero humorístico donde se nos brinda todo un ejercicio de caricatura burlesca de un tipo femenino bastante peculiar. Consigue retratar don Miguel un modelo femenino anacrónico y trasnochado en las postrimerías del propio siglo XIX, una víctima inocente del ostracismo y del hermetismo de la mujer educada en una ciudad de provincias. Se trata de una mujer que, liberada de los formalismos sociales a los que se ha visto sometida hasta la muerte de su esposo, se presenta ante la sociedad arrecifeña como todo un personaje valleincliniano sacado de *El Ruedo Ibérico*. Pereyra, en este caso, no juzga con crueldad al personaje en sí de Doña Marta, a la que recuerda con cierta nostalgia. En efecto, lo que nos muestra desde el dibujo caricaturesco de esta dama arrecifeña es una actitud crítica hacia la educación anacrónica que recibían las mujeres de su tiempo y que las llevaban a caer en ridículos comportamientos sociales.

Doña Marta, por circunstancias del destino, enviuda. Pero, lejos de ser presa de la costumbre provinciana de encerrarse en vida, se convierte en una mujer con un talante juvenil que la llevaban a transgredir los cánones de la moda de una manera casi pueril. En parte *Doña Marta* nos recuerda el mundo etéreo e irreal de los personajes femeninos británicos del gran canario Alonso Quesada en sus cuentos de *Smoking-room* y en su novela corta *Las Inquietudes del Hall*. Pereyra nos brinda un episodio cargado de un sutil humorismo de la mano de este cuadro psicológico donde se denuncian y se analizan las motivaciones y el temperamento de este personaje femenino. Así vemos, por ejemplo, como lo que podría haber sido una actitud pasajera en Doña Marta llegó a con-

25. MARTÍN HORMIGA, A.F. (1994). *El rabo del ciclón*, Arrecife, Cofradía de Pescadores de San Ginés.

vertirse en toda una obsesión, apareciéndose en más de una ocasión convertida en una auténtica máscara carnavalesca, debido a la cantidad de vestimentas superpuestas, refajos y pedrerías variadas con que adornaba su cuello, brazos y manos.

Una pareja

A partir de este cuadro, las historias que presenta Pereyra vuelven a tomar la descripción de cuadros reales. Nos sumergimos nuevamente en el afán del escritor lanzaroteño por reflejar la vida real en que se desenvuelven estos personajes de ficción, sus entidades fisiológicas y sus intimidades. Pereyra nos narra en estos cuadros lo desagradable y los fondos más bajos de la naturaleza humana bajo una actitud científicista. El escritor se nos presenta como un audaz y atento observador, al plasmar fielmente los aspectos menos felices y agradables de la sociedad de entonces.

En este capítulo se llega, en ocasiones, a un tono casi despiadado, no exento en algunos pasajes de ciertas ironías que rozan el duro sarcasmo, como cuando nos define al personaje femenino de esta pareja. Si no, veamos el retrato burlesco que hace de Pepa:

“(…) De joven fue fea; y ya se sabe que esta terrible enfermedad se agrava con los años. Cuando se casó ya era casi horrible. De corta estatura, desgabada y sin gracia en el cuerpo. El pecho liso y sin curvas; la cara morena, con labios gruesos y escamosos y ojos pequeños, por entre los cuales se dibujaba una nariz pequeña y chata; la frente estrecha y deprimida y el pelo negro, grueso y crespo. Tal era en lo físico la Pepa-así se llamaba ella. Nada ganaba considerada moralmente. Zafia, de carácter agrio y destemplado, gruñona y soberbia, dispuesta estaba a contestar con una cox a cualquiera que la hablase, aún a las mismas personas a las que servía. Con sus compañeras de servidumbre andaba siempre casi a la greña y, por un quítame allá esas pajas, las llenaba de improperios y armaba con ellas la de Dios en Cristo. Era un genio insufrible el de la Pepa, y su lengua era más temible que los arranques de su ira...”²⁶.

Inexplicablemente Pepa se casó con don Ramón, un señor bonachón, lector de novelas espeluznantes de terror y querido por la sociedad de Arrecife, por ser una especie de recadero “oficial” de todas las

26. Vid. PEREYRA, op. cit. p. 132.

noticias que se producían en la misma. Ni que decir tiene que el matrimonio estaba avocado al fracaso más estrepitoso. Montaron una panadería que fue bien, pero la férrea y tiránica dictadura de Pepa sobre su pobre y desvalido esposo hizo que ambos se vieran inmersos en una serie de disputas y pleitos constantes. Pronto terminaron los dos alcohólicos y se vieron presos de una vida abyecta y vil que los llevó inevitablemente a la muerte.

Dos tipos callejeros

En este cuadro sigue Pereyra ahondando en el lado más oscuro de la sociedad. Para ello en esta ocasión baja a los fondos más míseros y tremendos de Arrecife. Primero nos cuenta la triste y terrible historia de una mujer ninfómana llamada Ambrosia. El cuadro que nos describe el escritor es uno de los más patéticos y horribles de todo el libro.

De ella nos dice:

“(…) Su cuerpo enflaquecido, casi sin carnes, no tenía ni una curva ni un rasgo siquiera que revelase la plástica de la mujer. Terroso era el color de su cara, y la piel semejaba un pergamino arrugado. Su boca ¡Qué horror! en movimiento nervioso incesante, dibujaba las muecas más espantosas e increíbles que en rostro humano puedan jamás haberse contemplado (...) Impresión de angustioso sufrimiento se experimentaba al ver dibujarse aquella interminable mueca infernal, que a suplicio anticipado de condenado por la Iglesia romana al fuego eterno se parecía (...) La terrible neurosis, atacó no sólo al rostro sino a todo el cuerpo. Me acuerdo de verla andar arrastrándose casi, apoyada en un palo, y recorrer así las calles del pueblo implorando la caridad, con su sempiterna mueca en la boca, esforzando por articular algunas sílabas, que, roncadas y desgarradas, salían apenas de su laringe. Servía de diversión a la chiquillería soez y malvada (...) y sufría, impotente para defenderse de ella o huirla, los escarnios de obra y de palabra de que la hacía objeto”²⁷.

El otro caso es el de José Pata, borracho, ratero y poseedor de una “inteligencia limitadísima, rayana en el idiotismo” y en el que florecen los “instintos más perversos”. Nos lo describe como un ser despreciable y miserable, cuando dice:

“... A veces desarrollaba en él una especie de frenesí o locura erótica que se traducían en ataques bruscos a la primera mujer que junto a él

27. *Ibidem*, pp. 149-150.

pasaba; a la cual poseyera con violencia o ahogara entre sus brazos, no pudiendo satisfacer en ella su bestial apetito, si no hubiese habido quien impedírselo pudiera”²⁸.

Pereyra nos descubre todo un desfile de tarados, alcohólicos, psicópatas, prostitutas y seres que obedecen sin saberlo a impulsos primarios y a las pasiones más bajas. Este materialismo fisiológico al que parecen sometidos los personajes, ese determinismo biológico darwiniano de la herencia y la propia actitud científico-experimental que hace indagar al escritor naturalista en la psique humana, trae consigo los primeros atisbos de un hondo escepticismo y pesimismo que aflora en Pereyra como en muchos de los escritores e intelectuales de finales del siglo XIX.

Así lo vemos ante la contemplación dolorosa de los cuadros que él mismo describe con una meticulosidad asombrosa, mostrándose como un hombre escéptico. Y he aquí lo que diferencia a Pereyra de Armas de muchos de los escritores naturalistas españoles y lo acerca, en cierto sentido, a las letras francesas, frente, por ejemplo, al naturalismo de Emilia Pardo Bazán, la cual nunca dejó de manifestar su catolicismo y que en opinión del propio Zola defendía un “naturalismo puramente formal”.

En este cuadro *Dos tipos callejeros* el escritor lanzaroteño se nos presenta como un hombre para el que la fe católica no le proporciona una explicación satisfactoria que le justifique la necesidad de la existencia de unos seres tan deplorables como los que acaba de describir. En este sentido, Pereyra se adelanta a muchos escritores isleños de su época declarando sin ningún tipo de prejuicios en este punto, que él se considera en este sentido ateo. Esta actitud anticristiana de Pereyra está a la misma hora filosófica que la de Zola, Kierkegaard, Shopenhauer o del pensamiento de Unamuno cuando dice aquello de:

“Admitiendo la existencia de un Dios inteligente, piísimo y misericordioso, y a la pareja humana como hechura suya y su obra más acabada y perfecta, no he podido explicarme jamás, sin duda por limitación y pequeñez de mi entendimiento, la vida de estos desgraciados seres irresponsables, y la finalidad de la misma: seres creados exclusivamente para el sufrimiento... ¡Qué obra tan odiosa!”²⁹.

Evidentemente estas líneas levantaron, como antes decíamos cuando hablábamos del Prólogo, un sinfín de críticas adversas en la prensa ti-

28. *Ibíd.*, p. 152.

29. *Ibíd.*, p. 151.

nerfeña, llegando a protagonizar toda una cruzada contra la obra *Tipos de mi tierra* por parte del sector más conservador, intransigente y acérrimo defensor de las buenas costumbres cristianas del periodismo de Tenerife. Entre lo mucho que se escribió en contra de Pereyra y de Antonio Zerolo, por prologar el libro, destacamos la portada del periódico *Aguere* del día 16 de septiembre de 1897, en la que se arremete contra los dos escritores lanzaroteños, a través de una Carta dirigida al Arzobispo de Sevilla.

Reproducimos aquí algunas líneas de esta desproporcionada y ruidosa misiva que el periódico *Aguere* lanza:

“(…) En ese libro se niega descaradamente la libertad humana haciendo gala del más negro determinismo: se prescinde de la Divina Gracia: se hace la apología de pasiones abominables; y se narran, con frase cruda y grosera, escenas de lupanar, condenadas por Dios y de testadas por los hombres de corazón puro (...). Esta obra, verdaderamente incalificable, aunque, por carecer en absoluto de mérito literario, no circule fuera del Archipiélago, es el primer golpe de ariete dado contra la fe canaria, por la desmoralización y la impiedad y dará nefasto fruto de corrupción y descreimiento, no sólo en las dos diócesis sufragáneas de estas Islas, sino en toda la Archidiócesis hispalense (...). Eminentísimo Señor, como fieles diocesanos vuestros, católicos, apostólicos, romanos, como hijos y discípulos del Divino Maestro, como isleños amantes de la patriarcal pureza de nuestras costumbres, como periodistas católicos, defensores del dogma y de la Moral, rogamos a su Eminencia se sirva condenar el libro herético y obsceno que, con escándalo de trescientos mil católicos canarios, ha venido a ultrajar nuestra religión y nuestras costumbres...”³⁰.

Tres años más tarde, en 1900, en el periódico grancanario *La Atlántida*, olvidado este desmedido escándalo en la prensa tinerfeña, Pereyra seguirá defendiendo sus ideales de progreso, de libertad y de democracia frente a la intransigencia eclesiástica. Así lo vemos en su artículo “Adiós al siglo”:

“...Centuria de evolución y transición para la humanidad, el progreso ha triunfado en la obstinada lucha sostenida con el obscurantismo (...) Hijo del siglo y nacido en sus comedios, auras de democracia y libertad refrescaron mi corazón juvenil e infiltraron en mi ser ideas y sentimientos que en él alientan hoy, a pesar de las influencias del medio, de los accidentes de mi existencia y de la pesadumbre de los años, tan

30. Periódico *Aguere*, Año 1, nº 62, 16.IX.1897, Santa Cruz de Tenerife.

frescos y lozanos como el momento en que germinaron. Más y más cada día han arraigado en mí los ideales de la juventud; y mi fe en el triunfo de la democracia y de la libertad en España permanece inquebrantable, aunque, como al presente, anublen el cielo de la patria, densos tempestuosos nubarrones de reacción clerical que amenazan destruirla y anonadarla, momificando las conciencias y aherrojando el pensamiento y la palabra...”³¹.

Pepe Placenta

En este capítulo continúa, hasta cierto punto, la línea antirreligiosa que se planteaba en el cuadro anterior; pero en esta ocasión hacia lo anticlerical, en la medida en que la historia que ahora nos cuenta es la de un sacristán que, no pudiendo ver satisfecha su vieja aspiración de ganarse la vida siendo cura, sin antes haber pasado por el Seminario, abandona, sin ningún trauma de fe, su presumible vocación religiosa, para adentrarse en el mundo de las leyes. Así relata Pereyra su paso, sin pena ni gloria, de la sacristía a la escribanía.

“Afinidades singulares existen, sin duda, entre la gente de iglesia y la gente de curia. No es nueva esta observación, y en ella han coincidido todos los que hasta hoy dedicaron su ingenio y conocimientos a los estudios sociales. En lo externo: de negro visten curas y escribas y fariseos; lucen traje telar en las ceremonias de sus ritos; y tanto tiene la toga de sotana (...) como el bonete de birrete (...). En lo interno: intérpretes se llaman los primeros de la Ley divina y jueces en asuntos espirituales; sentencias dictan los segundos en los temporales e intérpretes son también, en virtud de títulos que no dan ciencia sino suficiencia, de las leyes humanas; y lo mismo tuercen, falsean y desfiguran y truecan la verdad y el derecho éstos en lo humano que aquellos en lo divino”³².

La doncella

En el capítulo que ahora nos ocupa hace Pereyra un boceto preciso del nacimiento de un tipo de burguesía comercial de las nuevas ciudades urbanas de estas islas. Se trata de aquellos comerciantes entusiastas que, al calor del nacimiento de las nuevas ciudades canarias, se trasladan de

31. Periódico *La Atlántida*, Año 1, n° 1, 1.I.1900, Las Palmas de Gran Canaria.

32. Vid. PEREYRA, op. cit. pp. 162-163.

las islas capitalinas a las islas menores, donde impulsan negocios tales como tiendas de ultramarinos y demás mercaderías. Aquí el escritor nos retrata a ese tipo de mujer hacendosa y diligente que, a fuerza de un trabajo, logra hacerse un pequeño capital con el que retornar a su tierra. La mirada que proyecta Pereyra no deja de ser entre simpática y humorística, sin apenas atisbos de los tintes naturalistas. Para ella el escritor sólo tiene, a lo sumo, evocaciones nostálgicas de una época ya pasada.

Sr. Luis

Sin duda alguna en este cuadro consigue Pereyra retratar uno de los momentos más grotescos y negros del libro. En él se nos describe el “cuadro vivo” de un enano afeminado que es ofrecido como objeto de curiosidad y de satisfacción juvenil a las hijas de un hacendado rico y que, una vez éstas han pasado la edad de la pubertad, se olvidan del pobre enano, antaño punto de mira de todas las mujeres de la casa. Pereyra de Armas, en este sentido, nos describe con una crudeza despiadada al pobre enano, presentándonoslo como un individuo reducido a objeto o juguete de unas niñas caprichosas.

La historia arranca cuando el enano visita casualmente la casa de los hacendados a los cuales pertenecen las tierras donde viven los padres de éste. Objeto de sorpresa y curiosidad por las damas más jóvenes de la casa, es requerido para que permanezca en la misma para siempre. El enano, llamado Luis, se ve así inmerso en un mundo refinado y hasta cursi, rodeado de féminas que lo toman casi como un fetiche lúdico con el que entretenerse a modo de muñeco vivo o como pequeño hombrecito donde ensayar sus “caprichos y travesuras de mujeres adolescentes”.

En esta ocasión Pereyra nos muestra una última pintura negra. Para ello escarba con pasión cientificista en la psique y en el comportamiento del enano, a través del análisis de los condicionantes vitales que le han llevado a su actual condición de hombre huraño e irascible. Gusta a Pereyra enseñarnos a estos seres maltratados por la sociedad y por la naturaleza, cuyo vivir es un cúmulo de tormentos y mortificaciones como la propia existencia en el caso del enano, o también en el caso de la Pareja de Ambrosio y José Pata, cuando se nos muestra a unos seres cuyas vidas rayan el lumpen más bajo y mísero de nuestra sociedad.

CONCLUSIONES

Tipos de mi tierra ha de encuadrarse dentro de la novela regionalista canaria. Ahora bien, a la luz de lo leído, no podemos olvidar que late en

ella una especial orientación hacia el realismo, con un acentuado tinte naturalista que lo diferencia en buena medida de muchos de los escritores canarios de su época.

Pereyra, con estos diez cuadros, se nos ha presentado como todo un maestro del retrato psicológico de un grupo humano de una pequeña ciudad canaria del siglo XIX. Así, ante nosotros han desfilado desde el retrato nostálgico hasta el caricaturesco, pasando por el naturalista y, en ciertos momentos, hasta por el escatológico.

El marco referencial donde sitúa a estos cuadros no es otro que el Puerto del Arrecife. En efecto, esta peculiar galería de personajes que acabamos de ver está contextualizada en Arrecife, convertido con *Tipos de mi tierra* en un verdadero y auténtico escenario de la geografía literaria.